

RICHARD N. ADAMS³

Durante el período comprendido de enero de 1950 hasta agosto de 1951, el autor tuvo oportunidad de trabajar como Antropólogo en varios programas de bienestar público en la América Central. Durante el curso del trabajo surgieron varios problemas a los cuales no parece haberseles prestado adecuada atención en la literatura sobre el particular. Ya que los antropólogos generalmente tratan con sociedades sujetas a cambios, en el presente artículo se discuten principalmente los problemas resultantes cuando trabajan para una organización ocupada en imponer cambios en una sociedad. Este consistirá pues, en una descripción de varios de los problemas que surgen al poner en práctica las ideas de una organización.

El programa del cual se tomaron los siguientes casos fué llevado a cabo en un proyecto experimental de nutrición practicado por el Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP).⁴ El autor, en

¹ El presente artículo es una versión revisada del trabajo presentado durante la reunión de la American Anthropological Association, verificada en Filadelfia, Estados Unidos, 1952.

² Publicado originalmente en *Human Organization*, 12:10-14, 1953, bajo el título "Notes on the Application of Anthropology," No. INCAP I-10.

³ En la época del trabajo descrito, el autor trabajaba como Etnólogo para el Institute of Social Anthropology del Smithsonian Institution y más tarde, como becado especial del Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norte América. En la actualidad desempeña el cargo de antropólogo de la Oficina Sanitaria Panamericana para la América Central.

⁴ Breve nota sobre este proyecto puede encontrarse en el Vol. 1, No. 1 del *Clearinghouse Bulletin of Research in Human Organization*. Mayores detalles al respecto podrán hallarse en "La Antropología Aplicada en los programas de Salud Pública de la América Latina," *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, octubre de 1952, Vol. 33, No. 4, pp. 298-305, así como en un libro sobre Antropología en la Salud Pública, editado por Benjamin Paul próximo a publicarse. Publicación Científica INCAP E-85.

su capacidad de antropólogo, inició su participación en el proyecto a principios de 1951 y empezó trabajar en el pueblo indígena guatemalteco de Magdalena Milpas Altas, el que había presentado problemas de difícil solución para el INCAP. El personal organizador del proyecto intuyó que los indígenas de dicho pueblo mostraban gran resistencia a colaborar, siendo generalmente poco cooperadores con los miembros encargados de su realización.

Después de varias discusiones con los pobladores y las consiguientes investigaciones dentro de su organización social, creencias y prácticas médicas, se hicieron visibles los varios focos de dificultad. Primeramente, el sistema de comunicación existente entre las personas del proyecto que trabajaban en el pueblo era deficiente. En segundo término, la naturaleza de la situación política nacional era tal que llegó a adentrarse en la escena local en una forma perjudicial al proyecto. En tercer lugar, un programa bastante extensivo de trabajo social llevado a cabo juntamente con las actividades de nutrición evidentemente más bien ocasionaba problemas que ayuda. Finalmente, como era de esperarse, las diferencias entre las costumbres médicas locales y la sub-cultura de los médicos especialistas causaban incertidumbre y desconfianza. Todos estos problemas estaban interrelacionados. Sin embargo, para fines de conveniencia, éstos se discuten separadamente a continuación.

El primer indicio de una mal entendimiento entre los miembros del grupo de campo lo proporcionaron las quejas de este personal ocasionadas por la inasistencia de los indígenas a la clínica. Una investigación demostró que el motivo por el cual los indígenas no asistían a la clínica se debía a que los miembros de la unidad de campo no se comunicaban entre sí la fecha exacta en que

Fig. 1

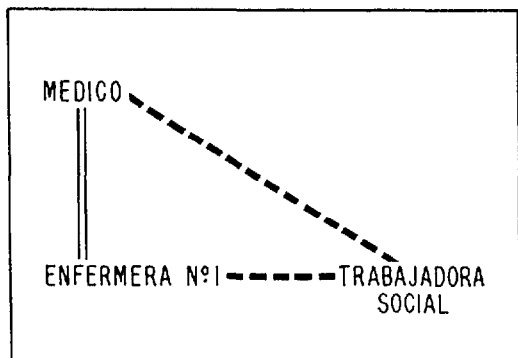


Fig. 2

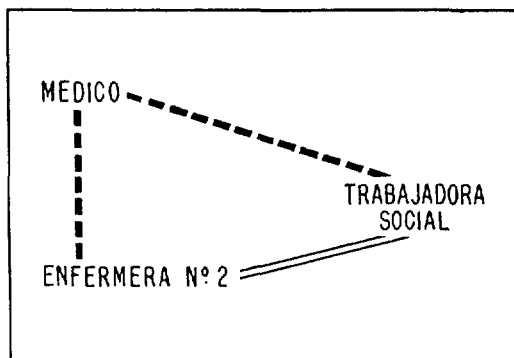


Fig. 3

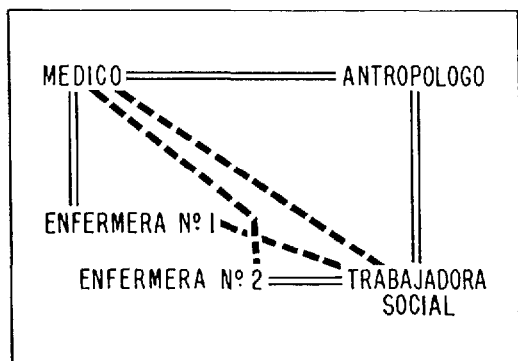
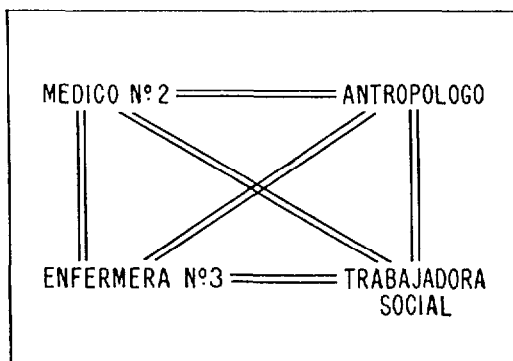


Fig. 4



BUEN ENTENDIMIENTO =====

MAL ENTENDIMIENTO -----

cierto paciente indígena debería presentarse. El grupo de campo, que incluía una enfermera quien permanecía en el pueblo durante el día, estaba bajo las órdenes de un médico que visitaba el pueblo dos o tres veces por semana, siendo responsable del tratamiento de los pacientes que sus subordinados consideraban requerían su atención. Además, había una trabajadora social quien no estaba directamente bajo las órdenes del médico, la que también permanecía en el pueblo durante el día. Debido a que dos enfermeras se alternaban el trabajo en la localidad, surgieron dos diferentes patrones de comunica-

ción (Figs. 1 y 2). En un caso, el médico y la enfermera eran buenos colaboradores, pero ninguno de los dos se llevaba bien con la trabajadora social. En el otro caso, la enfermera y la trabajadora social eran amigas, pero ninguna de las dos estaba en buenos términos con el médico. Ambas situaciones hacían imposible el buen entendimiento entre los miembros de la unidad de campo, y por consiguiente el resultado era que las citas hechas por uno eran ignoradas por el otro.

La primera solución a este problema fué de carácter temporal y poco satisfactoria. Cuando el autor inició su trabajo en el

campo, se le asignó la responsabilidad de las actividades de la trabajadora social y debido a que se llevaba bien con todos los miembros de la unidad, sirvió pues como su intermediario. Sin embargo, ya que él no permanecía todo el tiempo en el campo, esto ayudaba muy poco, y con frecuencia transcurrían dos o tres días para que las noticias llegaran a ser de su conocimiento (Fig. 3). La solución final del problema la proporcionó el cambio del médico y de la enfermera (Fig. 4). Con el nuevo personal se restableció una vez más el buen entendimiento entre los miembros de la unidad de campo, desapareciendo así las dificultades que surgieran previamente.

Lo importante en este caso es que, antes de la investigación, la unidad de campo y otros miembros de la organización culpaban a los indígenas por tales fracasos. Realmente el problema existía dentro de la propia organización del grupo de campo, siendo los indígenas únicamente algo más que espectadores molestos ajenos al asunto. Se sospecha que probablemente haya otros casos en los que el personal organizador culpe a la población de la localidad, cuando en realidad la culpa recae directamente sobre ellos y sobre su propia estructura social.

El segundo caso se encuentra relacionado con los efectos causados por la situación política nacional sobre dicho programa. En esa época en Guatemala existía gran fricción entre dos facciones, los anticomunistas y los gobiernistas. Aun cuando estos dos puntos de vista fueron y no son mutuamente exclusivos, fué alrededor de estos eventos que se formaron las facciones. Muchos pueblos indígenas, incluyendo la población en que se trabajaba, se encontraban implicados con tal problema debido a que los dos bandos trataban de ganar su apoyo. Por lo general los indígenas eran anticomunistas, no obstante que también había muchos gobiernistas. Sin embargo, todos los indígenas tendían a sospechar de los comunistas debido a que la propaganda anticomunista hacía hincapié en que el comunismo es una amenaza para la familia, la tierra y la religión.

En agosto de 1951, los miembros de la

unidad de campo se encontraron repentinamente con que se les consideraba como comunistas. El INCAP es una institución internacional, pero según los indígenas, ésta era auspiciada por el gobierno y, por lo tanto, probablemente comunista.

La solución a este problema fué cruda pero evidentemente efectiva, implicando el descubrimiento de las fuentes de donde provenían los rumores de que el INCAP era comunista, y después sosteniendo severas conversaciones con los individuos culpables. Nuestro trato con estas personas no tuvo nada de gentil y se les dijo francamente que habían estado mintiendo, que estaban divulgando informaciones insidiosas acerca de un grupo de personas respetables, y que en esta forma lo que hacían realmente era ayudar a los comunistas. Al mismo tiempo, el personal de campo visitó los hogares de todos aquellos a quienes hasta entonces se les consideraba como amigos discutiéndose abiertamente con ellos la naturaleza de la murmuración.

Aun cuando la tercera fuente de los problemas llegó casi de sorpresa, puede ser que haya estado más próxima a las dificultades fundamentales que ninguna otra. En la iniciación del programa del INCAP, antes que el autor empezara a trabajar en el proyecto, el jefe del programa consideró que cierta clase de trabajo social en el pueblo ayudaría a que los indígenas aceptaran el proyecto. Como se mencionara con anterioridad, además del trabajo social, y con el objeto de lograr un interés local en el programa, se estableció una clínica con servicios médicos para los pobladores. Ni la clínica ni el trabajo social tenían relación directa con el trabajo de nutrición experimental, pero fueron introducidos como medidas auxiliares por medio de las cuales el trabajo experimental sería mejor recibido por el pueblo.

Después que las investigaciones en el campo se habían estado llevando a cabo por algún tiempo, se hizo cada vez más evidente que estos proyectos de trabajo social (los que incluyeran llevar al pueblo un cerdo de crianza y el establecimiento de un gallinero municipal para mejorar la existencia local, y

la celebración de reuniones sociales nocturnas a intervalos periódicos, así como la ayuda en pequeños menesteres a la escuela) estaban causando dificultades y zozobras entre la gente del pueblo, y muy poca prueba de que todo ello estuviera aportando gran cooperación al proyecto de nutrición. El cerdo de crianza se volvió una fuente de disputa ya que los maestros de la escuela consideraban que les pertenecía, mientras que los hombres que le habían estado proporcionando alimentación pensaban que alcanzaría un buen precio en el mercado. El gallinero, establecido por medio de un comité local, causó discordia entre los miembros del comité y otras personas del pueblo, pues los primeros estimaban que tenían prioridad sobre los huevos y los vendían para ganancia propia en vez de dárselos a la gente para mejorar la raza de sus gallinas. Las noches sociales usualmente incluían una película prestada a la Embajada Americana en Guatemala, y a menudo, algo sucedía al generador por lo que había que retrasar la película o suspenderla del todo. Esto causaba gran descontento, ya que la gente del pueblo pensaba que si se esperaba que ellos asistieran a ver una película ésta debería ser corrida.

Además de los proyectos de trabajo social, la clínica en sí también acarreó una multitud de problemas, una de cuyas fases se describe al principio de este artículo. Por añadidura, la hora inconveniente de las visitas del médico, el descontento con la práctica de clínica occidental y la inhabilidad del INCAP en actuar como revendedor de medicinas, hizo que los indígenas se disgustaran del servicio clínico. Parecía pues que la clínica, así como los proyectos de trabajo social causaban más dificultades que ayuda.

Gradualmente fueron eliminándose del pueblo los proyectos de trabajo social. Se suspendieron las noches sociales, excepto cuando el cine era solicitado específicamente en ocasión de alguna fiesta local. El cerdo para crianza fué devuelto al Instituto Agropecuario Nacional que lo diera original-

mente al pueblo. El gallinero sobrevivió, pero sin llenar la función para la cual había sido designado. Debido a un cambio de política con respecto a los servicios médicos, así como a problemas financieros, el servicio clínico fué reducido gradualmente. El recorte de estos proyectos redujo grandemente las fuentes de fricción entre el personal del programa y la gente del pueblo.

El servicio clínico presentaba lo que quizás fuera el motivo más obvio de la mala adaptación del programa, debido a la diferencia de hábitos y costumbres existentes entre el personal del proyecto y los indígenas del pueblo. Aquí se hará énfasis sobre lo que los especialistas podrían llamar sub-cultura. Con referencia a la clínica, el autor pudo darse cada vez más cuenta que estaba tratando no sólo con las curiosas reacciones de parte de los indígenas, sino que también el personal médico proporcionaba material importante de estudio. Se entiende por sub-cultura médica aquellos aspectos de pensar y actuar que se derivan del adiestramiento en salud pública y medicina, así como a través de la interacción entre la salud pública y el personal médico. Debe hacerse aquí una distinción entre la medicina como ciencia y la práctica médica—siendo a la última a la que nos referimos al hablar de sub-cultura médica.

El comportamiento que se permite y espera del médico en nuestra sociedad casi no tiene significado en la cultura indígena guatemalteca. En la contextura indígena son ambiguas las premisas de pensamiento, creencias concernientes a la curación, patrones de acción necesarios para curar y ganar la simpatía, la relación entre el paciente y el médico, y el contenido general del comportamiento de este último. Con el objeto de adaptarse a esta situación se necesita no sólo estudiar la cultura del indígena, sino tener además un conocimiento más sistemático acerca de la sub-cultura médica de la cual provienen los doctores, enfermeras y demás personal. El problema no estriba simplemente en que los indígenas son diferentes, sino en la diferencia entre indígenas y

médicos. La coordinación e integración de la práctica médica requiere algo más que un conocimiento impresionista de ambas partes del campo de reunión.

El problema de la sub-cultura del especialista tiene significado no sólo con respecto al personal de salud pública, constituyendo igualmente un problema entre los mismos antropólogos. Esto ha sido alarmantemente obvio para el autor en casos como el siguiente: El Dr. X, un trabajador de salud pública, dice: "Ud. es un antropólogo? Magnífico! Ud. seguramente puede ayudarnos. Hablé con el Profesor Y, el famoso antropólogo de la Universidad Z, y él estableció claramente cómo el trabajo de un antropólogo era imperativo en nuestro programa, etc. etc." El efecto neto es que el Profesor Y ha convencido al Dr. X de las maravillas de la magia etnológica moderna. Parece tener poco significado el hecho que el Dr. Y muy pocas veces—si alguna—ha llevado a cabo algún trabajo en el campo de la antropología aplicada. El solo hecho de que es bien conocido (o tal vez simplemente de saber que sus servicios están disponibles) lo hace competente para aconsejar sobre el trabajo de un proyecto que nunca ha estudiado, en un área jamás visitada, y preparar principios generales acerca del tipo de trabajo en el cual nunca ha participado. Algunas veces esto ayuda si el Profesor Y permaneció dos o tres días en el país en cuestión, pero esto también amenaza en convertirlo en un "experto" en tal región.

Al trabajador del campo en antropología aplicada ciertamente no le desagrada que su disciplina sea fomentada, pero si piensa como el autor, sugeriría que sus colegas profesionales que no tienen experiencia en trabajo aplicado debieran tener un poco de mayor precaución en lo que dicen. La antropología aplicada lucha por hacerse un nombre y debería hacerlo basada en hechos reales y no en los "debería" y "podría". El efecto de ello en el antropólogo es que la organización que lo emplea frecuentemente le asigna un papel, mientras que él percibe para sí otro muy diferente. Esta discrepancia conduce

ocasionalmente a situaciones desagradables, las que podrían haberse evitado si las ideas del patrono estuviesen un poco más acuerdo con la realidad del trabajo de campo aplicado. Por experiencia del autor varias divergencias en la percepción de su papel, se originaron de pláticas que los patronos sostuvieron con antropólogos profesionales competentes, pero sin experiencia en la aplicación del trabajo.

Cualquier persona que haya trabajado por algún tiempo en el campo de la aplicación no puede sino darse cuenta de los intrincados problemas que ello implica. Las generalizaciones, aún dentro de un área de cultura homogénea, pueden ser con frecuencia desastrosamente engañosas. Una cosa es hacer generalizaciones teóricas en una monografía o artículo a discutirse por colegas, y otra muy diferente es hacer tales generalizaciones cuando éstas han de servir como base de acción en una región específica y tienen un efecto real en la forma de vida de la gente que habita en dicha área.

Ahora bien, refiriéndonos a las generalidades, hay un número de consecuencias que se derivan de estos ejemplos. Primero, un antropólogo tiene para con su patrono la obligación de definir claramente el papel que intenta desempeñar. Segundo, debe estar suficientemente versado sobre la estructura de la organización con la que trabaja. Tercero, el concepto de la magnitud y múltiples fases que encierra un proyecto, destinado a efectuar simultáneamente muchos cambios culturales, debería examinarse con mayor cuidado teniendo en mente el éxito hipotético de proyectos de este tipo. Una parte integral de este problema es la de la coordinación adecuada de los diferentes aspectos de un programa polifacético. Finalmente, existe la seria interrogación si muchos de los antropólogos están debidamente entrenados en el trabajo aplicado.

En lo que respecta a las obligaciones del antropólogo, la mayoría de ellos debe trabajar como auxiliares en programas de otra manera ya establecidos. El autor ha tenido la experiencia en el campo general de bienes-

tar público el que incluye proyectos auspiciados por agencias lucrativas y no lucrativas. En tales situaciones, el antropólogo tiene ciertas responsabilidades y su obligación es definírselas claramente a sus patronos. En caso de haber discrepancia entre su propia interpretación y la de la organización, relativa a su plan de trabajo, éste debe ser claramente establecido. En el programa del INCAP el papel del autor aumentó gradualmente y permaneció sin ambigüedad. Sin embargo, en otro programa, su papel no era claro y los malos entendidos consiguientes se debieron en gran parte a ello. Mas aún, el antropólogo debiera determinar si sus objetivos están de acuerdo con los de la organización, no siendo necesario que sean los mismos per sin que interfieran. Si existe considerable posibilidad de conflicto, es responsabilidad del antropólogo aclarar esto a sus patronos y aconsejarles que busquen ayuda en otra parte. Una vez se haya hecho cargo del trabajo debe reconocer la obligación de llevarlo a cabo. Al autor se le refirió la historia de un antropólogo quien participaba en un proyecto bastante extenso. A medida que pasaba el tiempo se hizo evidente que el proyecto⁵ no se estaba desarrollando fácilmente y que se cometían muchos errores. Se dice que el antropólogo manifestó que no podía permitir que su nombre estuviese conectado con un fracaso, y por lo tanto, pensaba retirarse del estudio. No hace falta decir que, esto en nada ayudó a los patronos, tampoco ayudó a otros colegas a comprender las razones de este fracaso, y ciertamente no ha beneficiado la reputación de la antropología en el trabajo aplicado. En este respecto es de interés recordar que en el "Código de Ética" de la Sociedad de Antropología Aplicada no se hace mención alguna de la obligación de estos profesionales para con la organización auspiciante. La comprensible preocupación de los antropólogos por tales sociedades es una de las razones por la que aquí se enfatiza el reverso del problema.

Muchos antropólogos, especialmente aquellos que trabajan en la administración de un grupo étnico y en establecimientos indus-

triales, han descubierto la importancia que encierra tener un conocimiento perfecto de la estructura de la organización. Así como el ejemplo del mal sistema de comunicación, mencionado al principio de este artículo con ilustraciones, esto es igualmente verdadero en los proyectos de bienestar público. Muchas veces durante el curso del trabajo en estos proyectos, el autor ha intuído que el 90% de sus problemas empezaron antes que el personal de campo saliera de su oficina. Realmente, tan a menudo tenían los indígenas poco o casi nada que ver con las dificultades, que el autor se encontró pasando menos y menos tiempo en el campo.

El sorprendente éxito resultante de la eliminación de personal del programa de trabajo social y la reducción en las actividades de la clínica en Magdalena, sugiere que la idea de un proyecto polifacético puede estar sobre una base falsa. Autoridades de muchas agencias internacionales especializadas, en años recientes han tendido a favorecer la iniciación de empresas de gran escala, combinando frecuentemente las actividades de especialistas en educación, salud pública, agricultura y otros servicios extensivos. No es posible entrar aquí en una evaluación de estos proyectos, pero es de evidencia considerable que muchos han tenido poco éxito debido a que no se ha logrado una coordinación adecuada entre el personal participante. Henry Dobyns, en otro sentido, ha señalado que "... a menos que la agencia directora del cambio cultural sea la única institución de cultura dominante en contacto con la cultura subordinada, nunca será posible controlar los cambios en la cultura subordinada."⁵ Aun cuando el autor no está de acuerdo con la terminología "dominante-subordinado," Dobyns llamó la atención a un punto muy importante para el éxito fundamental o fracaso de los programas extensivos de bienestar público. El fenómeno a que él se refiere más ampliamente, se aplica a diferentes ramas de la misma agencia y en los

⁵ Dobyns, Henry, "Blunders with Bolsas," *Human Organization*, Vol. 10, No. 3, 1951.

diferentes individuos que trabajan fuera de ella. La falta de coordinación entre estos individuos, un problema puramente intragencial, resulta inevitablemente en la falta de control del programa de campo.

Además del aspecto organizador de los objetivos limitantes, existe otra razón por la cual los proyectos polifacéticos confrontan desde su iniciación muchas dificultades y contratiempos. Básicamente hay dos diferentes clases de cambio cultural; uno, el tipo evolucionario, lento, gradual, en el cual los miembros de la sociedad pueden darse solamente cuenta parcial de que se está llevando a cabo un cambio; el otro, cambio rápido, revolucionario, ocasionado por tentativas hechas de parte de ciertos miembros de la sociedad para producir alteraciones inmediatas de largo alcance. La antropología aplicada puede y debe preocuparse principalmente por el primero de estos tipos de cambio. El proyecto polifacético, por otra parte, trabaja asumiendo implícitamente que el cambio rápido y revolucionario es superior. Sin autoridad totalitaria se hace extremadamente difícil un cambio revolucionario, y aun en casos en que es posible precipitarlo, los resultados finales son imposibles de controlar.

Fuera de las consideraciones teóricas sobre la preferencia de un cambio evolucionario a tentativas revolucionarias, existe la muy práctica consideración que la mayoría de la gente está limitada en la cantidad de innovaciones que puede comprender o digerir en un tiempo determinado. Por ejemplo, es más fácil para un proyecto de bienestar público convencer a una comunidad rural del valor del DDT rociado que convencerlos del valor de éste y simultáneamente introducir letrinas, innovaciones en la dieta, nuevos métodos de construcción de casa y nuevas prácticas agrícolas. En resumen, puede decirse que el individuo, en su generalidad, no se adapta rápidamente a nuevas formas de vida.

De igual importancia con respecto a los problemas que se presentan dentro de las organizaciones, se encuentran los derivados

de la naturaleza del trabajo y características de un antropólogo. Muchos de éstos pueden sumarse diciendo que un buen antropólogo no es necesariamente uno bueno en trabajos prácticos. Además de los problemas de personalidad, tal vez la falta de adecuación más obvia que confronta el antropólogo aplicado es la carencia de adiestramiento en temas que pueden ser esenciales o altamente importantes para un trabajo eficiente. Esta falta de entrenamiento aparece en dos campos diferentes. Primero, pocos antropólogos están versados en las disciplinas que se aplican. Un doctorado en antropología no habilita a un hombre a tratar sobre un problema de salud pública, proyectos de urbanización, silvicultura, agricultura, educación o alguna otra de la multitud de materias conectadas con los programas de bienestar público. Segundo, hay una variación tremenda entre un antropólogo y otro con respecto a su comprensión de disciplinas relacionadas. La psicología social, sociología urbana y rural, sociometría, demografía, entrenamiento de relaciones humanas, dinámica de grupos, estadística, muestreo y muchos otros temas de estudio y método son campos con los que él sencillamente no está lo suficientemente familiarizado para manejarlos con efectividad.

Con respecto a lo primero, ya se ha mencionado que el antropólogo actúa como un auxiliar en el programa que está aplicando los hallazgos de otra disciplina. En los varios campos de bienestar público, tales como los citados, una falta de conocimiento de los materiales, hallazgos, premisas y objetivos del campo de la aplicación pueden causar considerable pérdida de tiempo y conflictos de esfuerzo entre los varios miembros del programa. Cierta vez en que el autor sugirió el uso de la antropología aplicada a un agrónomo, este último bruscamente preguntó qué sabía un antropólogo de agricultura. El hecho es, y se sospecha que muchos otros antropólogos se encuentran en una posición similar, que la única experiencia real en agricultura del autor, la obtuvo cuando llevara a cabo estudios en comunida-

des rurales peruanas y centro americanas. Este conocimiento puede ser de gran ayuda, pero no es lo que el agrónomo experto trata de demostrar a un habitante rural del Perú o de Centro América. Por supuesto, el antropólogo no intenta usurpar el lugar de un agrónomo. Por otra parte, cómo puede él sugerir formas de aplicar algunos de sus conocimientos cuando no tiene idea de los materiales, premisas y actividades implicadas? Desde luego, es verdad que a menudo el antropólogo puede señalar aspectos de práctica local que son importantes. Ello es parte obvia de su trabajo, pero no facilita su cooperación con los especialistas en lo que respecta a los conocimientos de estos últimos. Lo que un antropólogo sabe acerca de otras disciplinas adyacentes a la suya propia depende de sus propias inclinaciones, experiencia y entrenamiento. Sin embargo, puede decirse que se encuentra poca consistencia entre un antropólogo y otro en este respecto. Los departamentos de ciencia social están insistiendo en que sus estudiantes obtengan alguna familiaridad con disciplinas relacionadas, pero es prácticamente imposible para un estudiante adquirir más de un ligero conocimiento a través de sus lecturas, si acaso, en muchos de estos temas. En el trabajo aplicado, dependiendo de la naturaleza del programa, el antropólogo debe estar bien informado en algunos de estos campos, ya que pueden ser partes esenciales de su trabajo. Claro está que si se desea cambiar los hábitos, es bien poco lo que la antropología pueda decirnos acerca de una situación específica más allá del nivel descriptivo.

Mientras que es prácticamente imposible, y casi innecesario, para la mayoría de los antropólogos aplicados, llegar a familiarizarse con todas las disciplinas relacionadas, parte del problema se vería resuelto si el individuo pudiera tener acceso a esos determinados campos que ha necesitado o sabe que necesitará en un futuro próximo. Una forma de solucionar este problema sería proveer un centro donde los antropólogos se pudieran reunir con especialistas en otros campos, tanto prácticos como de ciencia

social. Un prototipo para tal proyecto es el Instituto de Lingüística que se reúne todos los veranos. En dicho Instituto los especialistas en las varias disciplinas podrían impartir cursos básicos en sus campos de especialización y los trabajadores aplicados podrían asistir a éstos para instrucción formal y consulta de problemas especiales. Unos pocos meses de trabajo intensivo podrían equipar mejor al individuo para manejar los problemas que surgen en el curso de sus actividades. Tal Instituto podría también servir como lugar de reunión para trabajadores aplicados en el que discutirían sus problemas comunes. La publicación sobre tales temas no solamente es lenta e irregular, sino que además hay muchos problemas que pueden discutirse pero que no son propios para impresión.

Como conclusión, el autor desearía unir su voz al constante clamor de aquellos que aseguran que las disciplinas antropológicas son, no son, pueden ser, o no pueden ser científicas. Cualquiera que sea la acepción de la etnología en sí en este respecto, la antropología aplicada constituye otro problema. Se ha recibido la impresión, tal vez sin fundamento, que muchos antropólogos consideran el trabajo aplicado como una ciencia, o que la mayoría de lo que hace es llevado a cabo científicamente. Es la opinión del autor que el grado hasta el cual la antropología aplicada puede ser calificada como científica al presente es muy leve. En primer lugar, cualquier persona que haya trabajado en ella ha de darse cabal cuenta del punto hasta el cual sus hallazgos y acciones dependen de experiencias propias pasadas, juicios rápidos casi intuitivos hechos al momento y en realidad, de muchos elementos que no pueden ser llamados científicos. Nuestra forma de tratar la acusación de comunismo en el programa de salud pública no fué científica; se hacía necesario actuar con rapidez, y no había tiempo que perder para solucionar el caso científicamente. Si lo hubiésemos hecho, no estaríamos ahora trabajando en el pueblo.

Segundo, aun cuando se tiene más tiempo

estudiar y considerar sus propias conclusiones, la aplicación de éstas sigue siendo algo así como un arte. Algunas personas pueden hacer trabajo aplicado con efectividad y otras malograrán cualquier esfuerzo ya sea concebido científicamente o no. Esto por supuesto, se deriva en parte del hecho que el trabajo aplicado trata directamente con lo específico; a la inversa de la ciencia, no formula generalidades. Obviamente se hace uso de hallazgos científicos siempre que esto es posible, pero la aplicación siempre está ligada a un problema específico.

Finalmente la mayoría, si no todo el trabajo antropológico aplicado implica un esfuerzo normativo. Algo se hace porque alguien cree que una situación mejor resultará. Introduciendo hábitos sanitarios, ayudando a la reconstrucción después de un terremoto, introduciendo la agricultura con

arado, mejorando el maíz, y aún la psiquiatría preventiva, presupone el concepto que estas técnicas proveerán una mejor vida para los individuos relacionados. Aquí la aplicación está gobernada por intereses normativos, y la ciencia actúa solamente para llevar a cabo más efectivamente los objetivos.

Mientras que la antropología aplicada en sí no puede ser llamada científica, el tema con el cual trata ofrece oportunidades sin paralelo para el estudio científico de los cambios culturales y sociales. Un programa de trabajo aplicado provee el rebuscado laboratorio humano en un escenario natural. Si el antropólogo aplicado es capaz de mantenerse imperturbable en medio del cúmulo de asuntos prácticos que lo abruman diariamente, podrá suministrar contribuciones efectivas a la teoría de los cambios sociales y culturales.